LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN • VOLUMEN 8

¡Mira y la caza de la mariposa perfecta!

Una expedición por el Jardín Botánico



Basado en un hecho real completamente ficticio.

LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 8

¡Mira y la caza de la mariposa perfecta!

UNA EXPEDICIÓN POR EL JARDÍN BOTÁNICO

Para todos esos lugares que supuestamente están aquí al lado.

Una historia de Goldhain y de las posibilidades cercanas.

Basada en un hecho real completamente ficticio.

Prólogo - Una sola fotografía

◇



Mira quería hacer una sola fotografía.

No una fotografía premiada. No una imagen para una exposición. Solo una mariposa sobre una flor, lo bastante nítida para distinguir las finas líneas de sus alas y lo bastante tranquila para que el momento no pareciera una huida.

El Jardín Botánico de Goldhain abría a las nueve. Mira esperaba ante la verja a las ocho y cincuenta y ocho. Llevaba la cámara al hombro; en la mochila tenía agua, una manzana, una batería de repuesto y un paño pequeño para el objetivo. Sus largas ondas castañas se movían con el viento de la mañana.

Tras la verja de hierro forjado se extendían invernaderos, rosaledas y senderos que se perdían entre los árboles. Todavía reinaba el silencio.

El jardinero abrió. «¿Busca algo concreto?»

Mira levantó la cámara. «Solo una mariposa.»

Él asintió como si oyera a menudo aquella frase de personas que más tarde regresaban con los zapatos embarrados y nuevas preguntas sobre la vida.

«Hoy hay muchas en el jardín de hierbas.»

Mira entró. En la primera flor después de la verja había una mariposa.

Abrió las alas. Luz perfecta, fondo tranquilo, ni un movimiento.

Mira levantó la cámara.

La mariposa se fue volando.

Así comenzó la expedición.

I. El primer aleteo

Mira no la siguió de inmediato. Una gran parte de la buena fotografía de naturaleza consistía en no correr detrás de cosas que tenían alas.

Esperó.

La mariposa se posó sobre la lavanda, abrió las alas y permaneció allí exactamente hasta que el enfoque automático encontró su rostro. Después cambió de planta.

Mira tomó una foto. En ella había una flor, media ala y mucho aire.

Hizo una segunda. Esta vez la mariposa estaba nítida, pero un cartel con el texto NO PISAR ocupaba más espacio al fondo que todo lo demás.

En la tercera foto, un abejorro cruzó el encuadre. En la cuarta, un visitante con sombrero de sol se colocó entre la cámara y la flor. En la quinta, todo fue perfecto hasta que Mira se dio cuenta de que la mariposa había cerrado las alas y parecía una hoja seca.

«No hace falta que poses», dijo en voz baja. «Solo quédate un momento.»

La mariposa alzó el vuelo y cruzó el seto bajo.

Detrás empezaba la rosaleda.

Mira comprobó la batería. Noventa y nueve por ciento.

Siguió adelante.

Al final del sendero de hierbas volvió a detenerse. El plano del jardín mostraba una ruta directa hasta el mariposario. Mira lo dobló, lo guardó y tomó en su lugar el estrecho camino que había elegido la mariposa. Pasaba bajo un emparrado, junto a un parterre lleno de salvia, y llegaba a una pequeña puerta que chirriaba suavemente con el viento.

Detrás de ella, el jardinero gritó: «¡El mariposario está al otro lado!»

«¡Lo sé!»

Fue el momento en que una visita se convirtió en una persecución, aunque Mira siguió negándose a utilizar aquella palabra. Las persecuciones eran ruidosas. Ella solo estaba dando un paseo con un objetivo muy concreto.

II. El laberinto de rosas

En el plano, la rosaleda era un círculo sencillo. En realidad estaba formada por arcos, setos y caminos tan hábilmente entrelazados que después de tres curvas se saludaba al mismo banco desde el lado contrario.

La mariposa voló a poca altura sobre las rosas. Mira la siguió por el sendero de grava sin entrar en los parterres. Cada vez que aterrizaba, había una flor delante. Cada ángulo despejado apuntaba directamente al sol.

Se arrodilló, se levantó, dio dos pasos a la izquierda y uno hacia atrás. Una visitante mayor la observaba.

«¿Yoga?», preguntó.

«Fotografía.»

«¿Más cansado?»

Mira miró a la mariposa, que planeaba sin esfuerzo sobre el seto. «Hoy, sí.»

Solo encontró la salida cuando el jardinero empujó una carretilla por una abertura oculta. La mariposa estaba posada sobre su sombrero de paja.

Mira levantó la cámara lentamente.

El jardinero estornudó.

La mariposa se elevó, dio una vuelta sobre la carretilla y entró por la puerta abierta del invernadero de helechos.

El jardinero la vio marcharse. «Le gusta la humedad.»

«Por lo visto, a mí también», dijo Mira, y la siguió.

III. El bosque de helechos

◇



En el invernadero de helechos, el aire era cálido y verde. Goteaba agua de las hojas, los cristales se empañaban y los senderos desaparecían entre plantas que parecían más antiguas que las decisiones humanas.

Mira secó el objetivo. No veía a la mariposa por ninguna parte.

Caminó despacio. Sus zapatos se hundían en el musgo blando del borde del sendero. Las frondas de los helechos le rozaban las mangas. Un pequeño arroyo cruzaba el camino y pasaba bajo un puente de piedra.

Entonces vio un movimiento: un ala entre dos hojas.

Mira levantó una fronda con la mano izquierda y sujetó la cámara con la derecha. La mariposa estaba sobre una flor clara. Detrás solo había un verde oscuro. La luz caía desde el techo como en

una gran catedral.

Enfocó.

Una gota cayó del helecho directamente sobre el objetivo.

Mira disparó de todos modos. La foto mostraba un hermoso círculo de luz suave y, en algún lugar detrás, algo que podía ser una mariposa.

Sonrió. No era la foto. Pero sí un buen accidente.

La mariposa voló hacia lo más profundo del bosque de helechos.

Mira la siguió por el puente.

IV. La expedición crece

A las diez y cuarenta y cinco llamó Lena.

«¿Sigues en el jardín?»

«Sí.»

«¿Tienes la foto?»

Mira miró a la mariposa, que bailaba sobre los nenúfares al otro extremo del estanque. «Casi.»

La palabra casi era peligrosa en una expedición. Rara vez significaba cercanía. Casi siempre quería decir que ya se había invertido demasiado para dar media vuelta con sensatez.

Mira envió su ubicación. En el mapa estaba a trescientos metros de la entrada. La ruta que había registrado su teléfono medía casi tres kilómetros.

Lena respondió con un solo signo de interrogación. Mira envió una foto de los nenúfares. Lena mandó dos signos de interrogación. Al final, Mira escribió: El camino es botánicamente más largo que geográficamente.

Aceptaron la explicación porque en Goldhain sonaba más verosímil que muchas distancias oficiales.

Un grupo de senderistas se sentó en el otro extremo del banco. Llevaban bastones, mapas y mochilas pesadas, aunque solo iban al jardín alpino. Uno preguntó si Mira también estaba haciendo una ruta de largo recorrido.

«Hasta el invernadero tropical», respondió ella.

El hombre observó sus rodillas embarradas y asintió con respeto. «Ruta exigente.»

Mira se comió la manzana en un banco y revisó las fotografías anteriores. Rosas sin mariposa. Mariposa sin cabeza. Cabeza desenfocada. Una mariposa completa detrás de la rodilla de un visitante desconocido.

Ninguna era aquella foto.

En el estanque, la mariposa se posó sobre un nenúfar. Mira se levantó. En ese preciso momento, una pequeña barca de jardinero dobló la esquina, lenta, pero justo en el fondo del encuadre.

El hombre de la barca levantó una mano.

Mira le devolvió el saludo.

La mariposa voló hacia el invernadero tropical.

V. El paso de cristal

El invernadero tropical tenía tres zonas climáticas y una puerta que solo se abría cuando la anterior estaba cerrada.

Mira entró en la esclusa. La puerta se cerró tras ella. Delante no se abrió nada.

Un cartel pedía paciencia. Mira esperó. Una fina niebla le humedeció el pelo. La cámara volvió a empañarse. Un minuto después, la puerta interior se abrió con un suspiro.

El calor la golpeó.

La mariposa volaba sobre hojas de platanera, orquídeas y una pequeña cascada. Allí ya no estaba sola. Decenas de mariposas revoloteaban por el aire. Se cruzaban alas azules, amarillas, blancas y oscuras.

Mira se detuvo.

Ahora la dificultad no consistía en encontrar una mariposa. Tenía que reconocer la suya.

Tenía una pequeña muesca en el ala izquierda. Mira la buscó entre tanto movimiento. Una mariposa azul se posó en su hombro. Una blanca aterrizó en la correa de la cámara. La que buscaba sobrevoló la cascada.

La siguió escaleras arriba, a través de un túnel de hojas, hasta una plataforma que dominaba el estanque tropical.

En la plataforma había tres trípodes. Un grupo de fotógrafos muy serios esperaba a una rara mariposa azul. Cada uno llevaba un objetivo más largo que el antebrazo de Mira. Hablaban en susurros de velocidades de obturación.

La rara mariposa azul se posó sin que nadie lo notara sobre la mochila del fotógrafo más bajo. Mira señaló con cuidado. Nadie se movió. Durante un momento perfecto, todos se comunicaron solo con los ojos.

Entonces sonó un teléfono en algún lugar. La mariposa azul se fue, el grupo suspiró al unísono y la mariposa de Mira aprovechó la confusión para cruzar el poste indicador.

«¿La suya?», preguntó una fotógrafa.

Mira asintió.

«Persistente.»

«Las dos.»

El indicador señalaba a la izquierda para llegar a la salida.

La mariposa voló a la derecha, donde no había ninguna flecha.

VI. Más allá del indicador

A la derecha, un estrecho camino de mantenimiento bordeaba la pared de cristal. Estaba abierto a los visitantes, pero era tan discreto que nadie lo utilizaba.

Mira lo recorrió. Detrás de las plantas grandes todo se volvió silencioso. El rugido de la cascada quedó atrás. Solo la acompañaban el sonido de sus zapatos y el suave batir de las alas.

El sendero conducía a una puerta exterior. Tras ella había una parte del jardín que Mira nunca había visto: una pradera de flores silvestres rodeada por muros antiguos. Sin cartel, sin banco, sin camino recto.

La mariposa se posó sobre un cardo.

Mira se agachó. El fondo era tranquilo, la luz suave y la distancia perfecta. Levantó la cámara con las dos manos y soltó el aire.

Justo antes de disparar, una segunda mariposa aterrizó al lado.

Después llegó una tercera.

En pocos segundos, el cardo se llenó de alas. El motivo claro y único se convirtió en un remolino.

Mira bajó la cámara y no pudo evitar reírse.

Un jardinero que trabajaba al otro extremo de la pradera miró hacia ella. «A mediodía vienen todas aquí.»

«Claro», dijo Mira.

La mariposa que buscaba se separó del grupo y siguió volando.

VII. El jardín de montaña

Detrás de la pradera, el terreno ascendía.

El jardín de montaña era un paisaje en miniatura de rocas, pinos bajos y pequeños arroyos. En el plano parecía una colina. Visto desde abajo, parecía una cordillera, sobre todo para alguien que ya había pasado cuatro horas a la altura de una mariposa.

Mira subió los escalones. La correa de la cámara le presionaba el hombro, ya estaba usando la batería de repuesto y el último trago de agua se convirtió en una decisión.

La mariposa subió sin esfuerzo.

«Eso no es justo», dijo Mira.

A mitad de camino encontró una clase. Los niños recogían formas de hojas. Uno descubrió la mariposa y gritó tan fuerte que voló tres rocas más allá.

Mira les explicó por qué había que acercarse despacio. Los niños se transformaron al instante en una unidad de expedición silenciosa. Con expresión seria, señalaban cada dirección de vuelo.

Juntos llegaron al mirador. Allí, la mariposa se posó sobre un pequeño cartel.

Los niños se repartieron en semicírculo. Una niña apartó una rama, un niño hizo sombra con su gorra y la profesora se quedó en el sendero para explicar a los visitantes que allí se estaba realizando una toma científica.

Mira quiso protestar, pero la seriedad del grupo era demasiado enternecedora. Les enseñó a mirar por el visor sin tocar la cámara. Cada uno descubrió algo distinto: la muesca del ala, una hormiga sobre el cartel, una nube sobre el invernadero.

Cuando la mariposa siguió su camino, la clase dibujó su ruta con flechas en la hoja de trabajo. Un ejercicio sobre formas de hojas se convirtió en una expedición con su propio mapa de situación.

Mira enfocó.

El cartel decía DISFRUTA DE LAS VISTAS y ocupaba toda la imagen.

Los niños rieron sin hacer ruido.

Mira disparó. Conservó aquella foto.

VIII. La falsa perfección

En el mirador consiguió por fin una imagen técnicamente perfecta.

La mariposa estaba sobre una flor blanca. Las alas abiertas, la muesca visible, el fondo suave. Exposición, enfoque y encuadre eran correctos.

Mira observó la pantalla.

Faltaba algo.

La foto era correcta. Mostraba exactamente lo que había querido por la mañana. Y, sin embargo, la mariposa parecía un objeto, colocado con orden y registrado limpiamente. Nada recordaba a la rosaleda, a la gota sobre el objetivo ni a los niños conteniendo la respiración.

«¿Es esa?», preguntó uno de los niños.

Mira vaciló. «Es una buena foto.»

«¿Pero no es la foto?»

Los niños entendían con una rapidez peligrosa.

La mariposa se fue. Mira la dejó marchar. Por primera vez en todo el día, no la siguió de inmediato.

Se sentó en una roca y contempló el valle del jardín. Los invernaderos brillaban, los caminos se cruzaban y, en algún punto más abajo, estaba la entrada.

Entonces volvió a ver a la mariposa. No se alejaba. Esperaba en una rama bajo el sendero.

Mira se levantó.

IX. La tormenta

Sobre Goldhain se acumularon nubes.

El viento llegó primero. Las hojas giraron sus caras claras hacia arriba, cerraron las puertas de los invernaderos y los jardineros recogieron los carteles. Los visitantes se dirigieron a la salida.

Mira estaba en el extremo opuesto del jardín.

La primera gota golpeó su mano. Escondió la cámara bajo la blusa y corrió hacia el refugio más cercano, un pequeño pabellón junto al estanque de los nenúfares. La mariposa también voló allí y se posó bajo las vigas del techo.

Entonces estalló la lluvia.

El agua rugía sobre las hojas. Mil pequeños círculos cubrieron el estanque. Mira y la mariposa esperaron juntas, separadas por dos metros y por una relación muy distinta con la

humedad.

Mira no hizo ninguna foto. La luz era oscura, el ángulo malo y el momento demasiado tranquilo para interrumpirlo con un obturador.

Se sentó en el banco. La mariposa abría y cerraba lentamente las alas.

«Las dos podríamos haber parado antes», dijo Mira.

La lluvia respondió por ella.

X. Quedarse quieta

Veinte minutos después, la lluvia perdió fuerza.

Mira apoyó la cámara sobre el regazo y comprobó el objetivo. Seco. La mariposa dejó la viga, dio una pequeña vuelta y aterrizó encima de la cámara.

Mira se quedó inmóvil.

Sus patas eran tan ligeras que apenas las notaba. Las alas se abrieron. La pequeña muesca estaba justo delante de ella.



No habría podido utilizar la cámara aunque hubiera querido. El motivo estaba posado sobre la herramienta.

Así que Mira no se movió.

Un jardinero llegó por el sendero, vio la situación y también se detuvo. Detrás de él esperó una visitante con un cochecito. Después, un hombre con dos cafés. Nadie sabía exactamente a qué esperaba, pero la postura de

Mira dejaba claro que moverse era inapropiado en aquel momento.

Así se formó una pequeña fila silenciosa junto al estanque. El hombre de los cafés contuvo la respiración. El niño del cochecito siguió durmiendo. El jardinero se quitó despacio la gorra para que el viento no la moviera.

Durante casi un minuto, la mariposa tuvo la atención completa de siete personas sin pedirles nada.

El jardín olía a tierra mojada. Caían gotas de los árboles. En el estanque se abrió un nenúfar, como si solo hubiera estado esperando a que pasara la lluvia.

Mira miró a la mariposa, no a través de un objetivo. Después de todos aquellos kilómetros, era el momento más cercano del día.

Permaneció allí casi un minuto.

Después alzó el vuelo y se posó sobre una flor junto al estanque.

Mira levantó la cámara. Sin prisa. Sin correr detrás. Esperó a que abriera las alas.

Un solo clic.

XI. La imagen

La fotografía no era perfecta.

Una gota de lluvia colgaba del borde de la flor. Una hoja del fondo era más clara de lo previsto. La mariposa no estaba exactamente en el centro y un ala era apenas menos nítida que la otra.

Pero la imagen contenía la calma después de la tormenta. Se veía que la mariposa estaba a punto de seguir volando. La muesca de su ala no la hacía defectuosa, sino inconfundible.

Mira la contempló durante mucho tiempo.

Después apagó la cámara.

No tomó más fotos durante el camino de vuelta. Cruzó el jardín de montaña, la pradera silvestre y el invernadero tropical. La clase la saludó en la salida. El jardinero de la rosaleda le preguntó si había encontrado su motivo.

«Sí», dijo Mira.

«¿Ha sido difícil?»

Miró sus zapatos embarrados, la bolsa de agua vacía y el objetivo empañado. «Solo un pequeño paseo.»

El jardinero asintió. Probablemente también oía a menudo aquella frase de personas que salían del jardín de manera distinta a como habían entrado.

XII. La elección

En casa, Mira transfirió las fotografías.

Había trescientos cuarenta y ocho archivos. Entre ellos, once flores vacías, siete rodillas de visitantes, cuatro abejorros, un sombrero de jardinero y una patata cuyo origen nadie podía explicar.

La toma técnicamente perfecta era la número doscientos nueve. La foto después de la lluvia, la número trescientos cuarenta.

Mira abrió las dos una al lado de la otra.

Amplió las imágenes. En la foto perfecta se podía contar cada escama de las alas. En la otra, un diminuto cielo claro se reflejaba en la gota. Al fondo se veía un banco, y sobre él descansaba su plano doblado del jardín.

La primera imagen explicaba a la mariposa. La segunda le recordaba el día.

Imprimió las dos como prueba y las colocó contra la pared. Diez minutos después solo veía la foto de después de la lluvia. La otra era bonita, pero estaba quieta de una manera que no dejaba nada abierto.

La imagen perfecta era más clara. La otra estaba más viva.

Eligió la segunda.

No para una exposición. No para un concurso. La imprimió en pequeño y la colocó junto a su maceta de hierbas. Debajo escribió únicamente la fecha.

Lena examinó la foto. «El ala izquierda está un poco desenfocada.»

Mira sonrió. «Estaba a punto de irse.»

Lena volvió a mirar. «Entonces encaja.»

Mira guardó también el resto de las fotos. Incluso la del cartel DISFRUTA DE LAS VISTAS. Sobre todo esa.

Una expedición no estaba formada solo por su destino. A veces, las partes movidas eran la prueba de que una realmente había estado allí.

Final - Un ala tranquila

Una semana después, Mira regresó al Jardín Botánico.

El jardinero de la entrada la reconoció. «¿Hoy también busca una sola mariposa?»

«Hoy ninguna.»

Él miró la cámara que llevaba al hombro.

«Por si acaso», añadió Mira.

Le entregó un plano del jardín recién impreso. Alguien había marcado en rojo el camino desde la entrada hasta el estanque de los nenúfares. La línea era corta y directa. Mira guardó el plano, giró a la izquierda después del jardín de hierbas y tomó el camino más largo entre las rosas.

Sin batería de repuesto, sin ruta y sin la intención de hacer una fotografía concreta. De todos modos, llevó la cámara. Algunas costumbres no eran una carga.



Al llegar al estanque de los nenúfares, se sentó en el mismo banco. El sol estaba bajo, el invernadero resplandecía bajo la luz de la tarde y varias mariposas volaban sobre las flores.

Tal vez la suya estuviera entre ellas. Tal vez no.

Mira levantó la cámara, fotografió el jardín y miró el resultado. Ninguna mariposa estaba enfocada. Una apenas cruzaba el borde como un ala clara.

Conservó la foto.

Después dejó la cámara a su lado y se limitó a mirar.

Una pequeña mariposa se posó sobre el respaldo del banco. Mira no se movió. Permaneció allí, abrió las alas y volvió a marcharse.

Ningún clic la siguió.

Mira sonrió.

Algunas imágenes no necesitaban entrar en una cámara para quedarse.

Y algunos caminos eran correctos precisamente porque tardaban más.